

PIO XII

Dr. Lino Rodríguez Arias B.,

Profesor de la Universidad
de Panamá.



Hoy ya se comienza a serenar la grey católica, después de haber vivido intensas jornadas de consternación, al saber que la salud de su Papa se hallaba tan gravemente comprometida. La escueta y augusta figura de Pío XII, que cumplió el pasado 2 de marzo los setenta y ocho años de vida y el 12 del mismo mes los 15 de pontificado, se va recuperando lentamente de la grave recaída que ha tenido en su enfermedad, favorecida por su buena constitución física, y su inmejorable disposición espiritual, que es la luz inextinguible de su vida. Pues, téngase en cuenta que, desde hace 37 años ininterrumpidamente, como Nuncio, como Secretario de Estado, como Pontífice, viene hallándose en íntimo contacto con las más delicados problemas de la humanidad, en los tiempos acaso más duros durante los últimos siglos.

En el sector noroeste de Roma y sobre la ribera derecha del Tiber está situada la Colina del Vaticano en la que se asienta un diminuto Estado soberano e independiente, bajo el mandato de Su Santidad Pío XII, de una extensión territorial de apenas 108.7 acres y una población que no llega a los mil habitantes, en su mayoría italianos, con una guardia suiza. Allí reside, en el Palacio Apostólico que se eleva en la suntuosa Plaza de San Pedro, el actual Pontífice por cuya pronta recuperación ora hoy el mundo entero, pues la ejemplaridad de su conducta y la absoluta entrega a la consecución de la paz y el bienestar entre los hombres y pueblos de la tierra, le han hecho acreedor al afecto de sus partidarios y al mayor de los respetos de sus enemigos.

Ya el 22 de enero de 1954, vió cerrarse súbitamente durante la noche la ventana del tercer piso del Palacio, que es el apartamento del Papa y que durante quince años consecutivos había permanecido siempre proyectando su luz sobre la amplia y majestuosa plaza de San Pedro, hasta

las altas horas de la noche, como símbolo y señal de que El estaba allí, en su gabinete de trabajo, alerta y vigilante, como el pastor que cuida su rebaño en las oscuras noches del alma. Este fué el primer ataque serio de su enfermedad que le obligó a suspender sus graves y pesados quehaceres cotidianos gran a pesar suyo; pues siempre exhorta a sus huestes diciéndoles, que confesar una fe obliga a luchar contra el entumecimiento y el pasmo del espíritu. Por eso, en su último mensaje de Pascua de Resurrección, señalaba que el peligro de hoy es “el cansancio que aflige a los buenos”, conminándoles a “sacudir la apatía. No os paréis a contemplar el surco una vez arado”. “Hacen falta jóvenes de fe íntegra, dispuestos a renunciar a la mediocridad y a la tibieza”

Pío XII no ha variado jamás de horario y de costumbres, gracias a lo cual ha podido soportar el agotador trabajo que pesa sobre El y que cumple tan llana y dulcemente. Cuando era joven practicaba siempre los deportes y, aun siendo cardenal, continuaba ejercitando la equitación lo que hacía con notable pericia. Nunca ha fumado, ya que si lo hubiera hecho podría haberle producido malestar en la garganta que tiene tan delicada por el continuo esfuerzo a que la somete ante los frecuentes discursos y coloquios que se ve obligado a sostener con los que le visitan. A partir de 1953, Su Santidad había pronunciado 80 discursos y mensajes radiofónicos; había recibido en audiencia un total de 281.584 fieles; había concedido 30.832 audiencias especiales y 492 privadas.

El 17 de abril de este año, con la alocución Pascual inició el Pontífice el XVI volumen de sus discursos, en los que aborda los temas más heterogéneos y delicados con amplitud y precisión insuperables, exponiendo siempre sistemáticamente la posición del cristianismo frente a la civilización y a la sociedad moderna. Con la particularidad de que los pronuncia en las más diversas lenguas. Así, quienes hemos tenido la dicha de ser recibidos por El en audiencias especiales y públicas, hemos podido verle conversar de los más distintos temas pasando con una increíble naturalidad de unos idiomas a otros. Por eso, se ha dicho que Pío XII nos legará con sus discursos y alocuciones una verdadera enciclopedia.

Una característica en el programa de su vida, es que siempre, después de veinte minutos de reposo al terminar el almuerzo, dedica casi una hora a su paseo solitario por los jardines del Vaticano en el que recorre una extensión de 400 metros durante nueve veces con una metodicidad matemática. Solamente durante dos ocasiones el Papa ha visto turbada su soledad en el paseo por la presencia de extraños. Fué la primera vez durante la ocupación alemana, cuando los diplomáticos acreditados en la Santa Sede se refugiaron en el Vaticano; y la segunda, cuando consintió que se le fotografiase un instante de su paseo para el film “Pastor Angelicus”.

Pero este Papa de la segunda guerra mundial, que llegó a mezclarse con la muchedumbre de Roma con los brazos en cruz y su blanco hábito que le da una aureola de santidad, durante uno de los más crueles bombardeos que sufrió la capital romana, está llevando a cabo la más audaz y revolucionaria de las reformas en la liturgia y las instituciones de la Iglesia, porque sabe bien que hay momentos de la Historia en que impera el lema: renovarse o perecer. Y El, hombre de espíritu fuerte y vigoroso,

al mismo tiempo, que sutil y avezado en las lides de la diplomacia, reconoce que los problemas de esta humanidad atribulada sólo pueden solucionarse por la vía directa; esto es, encarándose con ellos y aplicándoles el justo remedio que se merecen. Por eso, en las vísperas del Año Santo, con motivo de la inauguración de un busto de Pío XI, dijo a los que le escuchaban: "Estamos contentos de ser hijos de este tiempo, de tener que templar nuestro espíritu en la dureza de esta época".

Estamos seguros que, en esta hora comprometida de su vida, tendrá sobre su alma todo el pesar de los yerros que arrumba y precipita a nuestra actual generación hacia las simas del materialismo científico y la tecnología estulta, que creyeron podrían ser panaceas redentoras de los hombres, que antes de ser materia y cuerpo son sobre todo levadura espiritual.

